

Artículo con motivo del Día del Libro

23 de abril de 2026

La Mancha donde los libros siguen cabalgando

Por Fernando Redondo Benito

El Día del Libro no debería reducirse a una liturgia cultural de fecha fija, a un ritual amable de escaparates, firmas y palabras previsibles. Debería obligarnos a recordar algo más exigente: que hay libros que no solo se leen, sino que terminan afinando una conciencia, organizando una mirada, ensanchando una lengua. Y entre todos ellos, pocos han hecho tanto como *Don Quijote de la Mancha*. Cada 23 de abril convendría decirlo con menos adorno y más verdad: no celebramos solo el libro como objeto, ni siquiera solo la lectura como costumbre saludable; celebramos la posibilidad de que una obra escrita altere para siempre la manera en que una sociedad se piensa, se nombra y se asoma al mundo.

Por eso, en Castilla-La Mancha, el Día del Libro no puede vivirse como una efeméride prestada. Aquí la literatura no se quedó en los anaqueles ni nació para la contemplación distante. Aquí salió al camino. Aquí tomó polvo, venta, aspas, horizontes, pueblos encalados, plazas, barbechos, patios y leguas. Aquí se mezcló con el paisaje hasta el punto de que uno ya no sabe bien si La Mancha pertenece al libro o si el libro terminó por pertenecer a La Mancha. Esa es la rara grandeza cervantina: haber levantado una obra universal con materiales humildes, terrenos, reconocibles, y haberlos convertido en una de las más altas aventuras del espíritu. Y hacerlo, además, sin solemnidad hueca, con esa mezcla de ironía, compasión, lucidez y misericordia que solo poseen los grandes escritores.

Hay una primera parada casi inevitable en Argamasilla de Alba. No porque haga falta convertir la tradición en dogma, sino porque conviene recordar que la Casa de Medrano sigue custodiando, entre patio y cueva, uno de los grandes mitos literarios de España: el lugar donde la tradición sitúa el cautiverio de Cervantes y el arranque imaginario de una obra que ya no pertenece solo a una época, sino a la condición humana. Allí el Día del Libro deja de ser cartel y vuelve a ser pregunta. ¿Cómo nace, en una estancia de sombras, estrecheces y memoria, una novela llamada a romper las fronteras de su siglo, a instalarse en el corazón de los idiomas, a multiplicarse en traducciones, a recorrer continentes, bibliotecas y generaciones, hasta convertirse en una de esas rarísimas obras que ya no forman parte solo de una literatura, sino del patrimonio moral e imaginativo del mundo?

Y junto a esa pregunta surge otra, inseparable de la primera: ¿cómo un hombre flaco, derrotado y obstinado, nacido de la tinta de Cervantes y del temblor de esta tierra, ha terminado por desbordar el libro que lo contenía para entrar en la conversación universal de la cultura? Don Quijote dejó de ser hace mucho un personaje. Es una forma de conciencia, una fiebre del espíritu, una manera de enfrentarse a la realidad sin entregarse por completo a su dureza. Por eso ha contagiado a escritores, pensadores y creadores de toda condición, que han vuelto una y otra vez a Cervantes para aprender que

la literatura no está hecha solo para contar el mundo, sino para discutirlo, ensancharlo y redimirlo de su vulgaridad. Y por eso también han mirado a La Mancha, a sus pueblos, a sus horizontes y a su polvo, no como a un decorado secundario, sino como al territorio donde la imaginación occidental encontró una de sus patrias más perdurables.

A partir de ahí, la geografía cervantina deja de ser memoria de un origen para convertirse en cuerpo visible de una imaginación que ha dado la vuelta al mundo. Campo de Criptana, Consuegra y Mota del Cuervo no son solo una secuencia de molinos admirables, sino una verdadera gramática del viento manchego, una arquitectura del sueño levantada contra el cielo. En Campo de Criptana perviven esos gigantes inmóviles que parecen guardar, desde lo alto, la respiración de la llanura. En Consuegra, el Cerro Calderico alza sus aspas con una sobriedad casi heráldica, como si la piedra y el aire hubieran pactado una forma de permanencia. Y en Mota del Cuervo, donde la Mancha se afina en claridad y altura, los molinos adquieren una singularidad casi musical: no solo dominan el paisaje, sino que lo ordenan, le dan ritmo, lo convierten en una frase larga de luz y de viento. Allí se comprende mejor que don Quijote no confundió simplemente la realidad: la desafió. Vio gigantes porque había leído hasta el extremo de no resignarse a que el mundo fuera únicamente lo que dictaban la costumbre, la rutina o la prudencia de los demás. Y quizá siga siendo esa la gran lección del libro: su capacidad para discutir lo evidente y devolverle a la realidad su temblor más hondo.

Desde esa misma lógica se entiende mejor Alcázar de San Juan, que no comparece aquí como un apéndice de ruta, sino como un lugar donde paisaje y paisanaje se han dado la mano con una naturalidad profundamente cervantina. Hay en Alcázar una Mancha vivida, no representada; una Mancha de conversación, de mirada franca, de estación y de paso, de trabajo y de memoria compartida. Su llanura no tiene nada de decorado. Es una llanura habitada por una dignidad sobria, por ese modo de estar en el mundo sin estridencia que tantas veces sostiene una cultura mejor que cualquier consigna. El paisanaje de Alcázar de San Juan conserva algo esencial para entender a Cervantes: la mezcla de ironía y entereza, de realismo y hospitalidad, de inteligencia práctica y hondura humana que atraviesa toda su obra. Allí la literatura parece menos una reliquia que una forma de respiración civil.

Desde esa respiración se entiende mejor El Toboso, que no comparece en esta ruta como una mera estación literaria, sino como una de las transfiguraciones más delicadas que ha obrado nunca la imaginación sobre la tierra. Allí Dulcinea dejó de ser solo un nombre para convertirse en una forma de elevación. Cervantes hizo con ese pueblo algo que solo la gran literatura sabe hacer: no lo arrancó de su verdad, no lo convirtió en fantasía hueca, sino que lo miró hasta descubrir en él una dignidad nueva. El Toboso sigue diciendo, en pleno Día del Libro, que leer no consiste en apartarse del mundo, sino en aprender a devolverle su nobleza secreta. Que la literatura no falsea la realidad cuando la mira a fondo, sino que la salva de quedar reducida a su versión más utilitaria y gris.

Y luego aparece Tembleque, que entra en esta conversación con una naturalidad profunda, sin necesidad de reclamar protagonismo. Su Plaza Mayor, con su aire de corral de comedias, con su arquitectura de madera y barroco popular, recuerda que la literatura española nunca estuvo del todo separada de la plaza, del teatro humano, de la representación pública de la vida. Tembleque posee algo intensamente cervantino: una

elegancia popular que no presume de sí misma y, sin embargo, permanece. Hay pueblos que parecen escritos para ser contemplados; Tembleque, en cambio, parece escrito para ser leído. Para entender que la palabra, antes de encerrarse en el lujo de ciertas minorías, fue también conversación, intemperie compartida, escena abierta, respiración común de un pueblo.

Más al sur, Villanueva de los Infantes devuelve a esta ruta otra tonalidad de la libertad cervantina: la de la piedra, el escudo, la plaza y el sosiego grave del Renacimiento y el Barroco manchegos. En el Campo de Montiel, ese conjunto histórico obliga a leer La Mancha de un modo más alto y exacto. No como caricatura rural ni como estampita complaciente, sino como territorio de espesor cultural, de lenguaje decantado, de memoria civil. También eso debería recordarnos el Día del Libro: que Castilla-La Mancha no es solo escenario de una novela inmortal, sino una región atravesada por una tradición intelectual y literaria de primer orden, una tierra donde el idioma adquirió una de sus formas más libres, más hondas y hospitalarias.

Al final, eso es lo que de verdad festejamos cuando festejamos el libro en esta tierra. No un hábito decoroso. No un suplemento cultural de buenos modales. No una fotografía amable para cumplir con la fecha. Festejamos una libertad. La libertad de quien lee y ya no vuelve a aceptar mansamente la pobreza de lo obvio. La libertad de una lengua que encontró en Cervantes su gran sacudida de inteligencia, de humor y de compasión. La libertad de una región que puede recorrer sus caminos sabiendo que en ellos la literatura no fue un adorno, sino una revelación.

Hay tierras que exhiben monumentos. Castilla-La Mancha puede ofrecer algo más raro y alto: un paisaje moral de la literatura. Aquí el libro no encontró solo escenarios, sino respiración, intemperie, voz, figura humana, pueblo, plaza y horizonte. Aquí una lengua aprendió a andar con la gravedad de los caminos y con la insolencia de la imaginación. Por eso el Día del Libro, en esta tierra, no debería agotarse en la cortesía cultural de la fecha ni en el gesto institucional que se consume al caer la tarde. Debería sentirse como una celebración más honda: la de una región que puede reconocerse en una obra que no la empequeñeció en folclore, sino que la alzó a conciencia, a estilo y a destino literario.

Porque aquí, más que en ningún otro sitio, un libro no es solo un libro. Es una forma de dignidad, una manera de mirar el mundo sin rebajarlo, una escuela de libertad interior frente a la costra de la costumbre. Y mientras siga girando el viento sobre los molinos de La Mancha, mientras una plaza conserve el eco de la palabra compartida, mientras un lector abra a Cervantes y descubra que la realidad todavía puede ensancharse, esta tierra no dejará de seguir cabalgando. Cabalgando en su idioma, cabalgando en su memoria, cabalgando en la imaginación de quienes aún saben que la literatura verdadera no decora la vida: la despierta, la endereza y la empuja hacia adelante.